GalaxiaGutenberg

Minucias del lenguaje

Haiga

José G. Moreno de Alba

Hace algunas semanas, durante el noticiero más importante de la televisión, conversando con el presentador, uno de los más conspicuos políticos del país dijo con toda seriedad algo así como lo siguiente: "Haiga pasado lo que haiga pasado". Creí que yo había oído mal. Sin embargo varias personas habían quedado igualmente sorprendidas, una de ellas un culto periodista que dedicó una de sus columnas al incidente. Ciertamente sabemos que el presidente Calderón había acuñado, a propósito de las pasadas elecciones, la célebre expresión, "Como dicen en mi pueblo: haiga sido como haiga sido". El político del que hablo, ¿habrá glosado la célebre frase? Puede ser. No me dio sin embargo esa impresión.

Haiga (y *aiga*) por *haya*, presente de subjuntivo de *haber*, llegó a usarse por algún clásico y hoy es bastante frecuente en hablas populares y rurales. Menéndez Pidal observa que pudieron influir en ello, a manera de contaminación, otras formas verbales que también tienen una *g* en ese tiempo verbal, sin poseerla en el infinitivo, como *valga (valer), caiga (caer), oiga (oír)*, etc. En un pasaje del libro *De la vida, muerte, virtudes y milagros de la Santa Madre Teresa de Jesús* (1591), de Fray Luis de León, puede leerse el siguiente texto:

> Escrito está que Dios es amor; y, si amor, es amor infinito y bondad infinita, y de tal amor y bondad no ay que maravillar que *aiga* tales excesos de amor que turben a los que no le conocen, y aunque mucho le conozcan por fe.

En el español contemporáneo estándar, tanto el escrito cuanto el hablado, sólo se emplea *haya*. El uso de *haiga* queda hoy reducido a ámbitos rurales o populares, aunque, en esos registros, es mucho más frecuente que lo que podría pensarse. Hace algunos años, el CENEVAL hizo algunas pruebas de redacción a jóvenes recién ingresados en el bachillerato. Tuve acceso a algunos de esos textos. Se pedía al estudiante que contestara la siguiente pregunta: "¿Qué y cómo le harías para mejorar la sociedad en la que vivimos?" Copio un fragmento de una de las respuestas: "Principalmente sacar tanta corrupcion y q' aiga castigos severos aunq' x lo menos sea dando llegue a trabajar...".

En la lengua escrita de todos los tiempos se ha preferido siempre la forma *haya*. *Haiga* o *aiga* ha sido y es de empleo mucho menos que esporádico. Ahora bien, una muestra inequívoca de que *haiga* era y es muy frecuente en el registro vulgar viene a ser la alta frecuencia con que escritores costumbristas del siglo XIX y principios del XX ponen *haiga* en boca de sus personajes populares. Abunda esta forma en los textos narrativos de Pérez Galdós, Pereda, Güiraldes, Carrasquilla, Benavente, Valle-Inclán, Alcalde del Río, Gallegos, Azuela, Arniches, Valera, Gabriel y Galán, Ascasubi... Podrían darse cientos de ejemplos. Baste uno de José María de Pereda (*La puchera*, 1889):

> Y al ver yo que la cosa estaba en punto, díjele: "Pos yo tenía que decite dos palabras respetive a esto y a lo otro". Y se lo estipulé finamente; sin faltale, vamos... ¡sin faltale ni en tanto así, recongrio! El hombre se quedó algo cortao en primeramente; dempués golvió a decime: "¿Y cai con eso?". Y yo arrespondí: "Pos tal y cual", ¡siempre finamente, recongrio, y sin faltale en cosa anguna! Al último me dijo: "Que la *haiga* hablao u que no, no es cuenta tuya".

Alguien podrá preguntar: ¿Es correcto decir *haiga* por haya? Quizá el término *correcto* (o *incorrecto*) no sea lo más propio. Algunos lingüistas opinan que sólo es incorrecto lo que va en contra de las reglas estructurales de la len-

GalaxiaGutenberg

gua, como sistema abstracto. En otras palabras, los hispanohablantes nativos, estrictamente, no podemos hablar *incorrectamente*, como tampoco podrán hacerlo los anglohablantes nativos. Tal vez convenga mejor usar el término *ejemplar* (o *no ejemplar*), que se aplica no ya al sistema abstracto de la lengua sino a las lenguas concretas llamadas históricas. Así, lo que resulta ejemplar para ciertos hablantes puede no serlo para otros. Lo ejemplar en el dialecto europeo del español (como decir "la escribo una carta" por "le escribo una carta") puede no serlo en el americano y viceversa: cuando un mexicano dice "abre hasta las 11" por "no abre hasta las 11", está empleando una expresión poco ejemplar para los oídos de un hispanohablante europeo.

Si dos hispanohablantes iletrados están conversando, a ninguno de los dos le llamará la atención que uno diga *haiga* en lugar de *haya*. Quizá ni lo note siquiera. Sin embargo los hablantes educados, que saben leer y escribir y, además, que suelen leer y escribir, han decidido desde hace siglos decir y escribir *haya* y no *haiga*. En efecto, se trata de una convención... ni más ni menos. Por tanto, para la norma estándar del español, lo ejemplar es decir *haya*. No fue ésta una decisión de los maestros de escuela o de los académicos de la lengua, o del gobierno, sino del conjunto de los hispanohablantes educados, los buenos escritores al frente, como debe ser. Por tanto, si alguien desea dirigir la palabra a ese tipo de personas, medianamente educadas, conviene que diga *haya* y no *haiga*. Eso debe enseñar la escuela. Por respeto a la sociedad es ésa la forma que debe emplearse, por ejemplo, en la radio o en la televisión.

Por otra parte, la forma *haiga* es claramente "estigmatizadora": quien la emplea queda señalado como perteneciente al grupo social de las personas no educadas, aunque por otras razones (haber ido a la universidad, sea por caso) no forme, en términos estrictos, parte de él. Creo que a las personas educadas, es decir a la inmensa mayoría de la población, no les gustaría ser gobernadas por una persona no educada, así sea sólo en el plano lingüístico. Conviene, por tanto, que los políticos cobren conciencia de que hablar como personas educadas puede acarrearles el nada despreciable beneficio de ser mejor recibidos, mejor escuchados por la (muy influyente) sociedad de las personas educadas. Por el contrario, no faltará el ciudadano que decida llegar al extremo de no votar por quien dijo en público *haiga* en lugar de *haya*. Sus (respetables) razones tendrá. ~

Bibliotecas privadas

Margo Glantz

~

1. Bibliófilos y bibliómanos

¿De dónde viene la manía o la vocación del coleccionista? Walter Benjamin, obsesivo coleccionista de libros y de juguetes, empieza a juntarlos desde la infancia, fascinado por las aventuras de sus héroes y para escapar del aburrimiento que las clases de su maestro de primaria le producen. "Una época dorada, cuando todavía no hay separación entre el mundo que evoca un libro y el libro mismo. Uno vive el libro, habita en sus páginas, se trepa entre los renglones y, saltando de un título a otro, se integra a las ilustraciones", explica Silvia Pappe, en su texto dedicado a Benjamin.

Y Borges, también gran coleccionista y varias veces bibliotecario de bibliotecas públicas, insinuaba en "La biblioteca de Babel" que la alegoría del mundo sería ni más ni menos que una biblioteca: "El universo (que otros llaman la Biblioteca) se compone de